

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Hipótesis para una historia de la homosexualidad en la Argentina urbana (1945-1955).

Omar Acha y Ben, Pablo.

Cita:

Omar Acha y Ben, Pablo (2005). *Hipótesis para una historia de la homosexualidad en la Argentina urbana (1945-1955)*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/708>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: Hipótesis para una historia de la homosexualidad en la Argentina urbana (1945-1955)

Mesa Temática: Nº 74, "Política y cultura en la Argentina, 1943-1955, desde la perspectiva de género".

Pertenencia institucional: UBA, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani".

Autor: Omar Acha, docente e investigador

25 de Mayo 221, 2º piso, CP 1002, Buenos Aires, giroforro@yahoo.com.ar

Pertenencia institucional: Department of History, University of Chicago/ Filosofía y Letras, UBA.

Autor: Pablo Ben, investigador

Salta 960, 2º C, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, paben@uchicago.edu

1900-1916: Clases populares, estado e identidades queer

En este estudio nos proponemos realizar una caracterización preliminar del lugar de las identidades *queer* bajo la primera década peronista. A fin de situar nuestro trabajo en un marco histórico comenzaremos relatando la situación de la sexualidad desde principios de siglo hasta 1946, tratando de reconocer algunos trazos que la investigación en historia de la sexualidad nos permite esbozar.

La distancia que los intelectuales de élite que defendían al estado tenían respecto de esas clases populares que veían como una masa amorfa y lúbrica, favorecía una representación de las mismas en términos otredad absoluta. Las familias de la elite y la pequeña clase media en conformación se encontraban socialmente muy distantes de las clases populares, donde tenía lugar la "mala vida". Sin embargo la distancia social no era la única razón para caracterizar a los estratos más bajos como perversos sexuales. La élite suponía que la forma "normal" de la sociedad implicaba la existencia de familias nucleares donde el padre proveía los recursos económicos, la madre no trabajaba y los/as niños/as

concurrían a la escuela. Sin embargo, la realidad de las clases populares era bastante distante de este modelo. Había una gran cantidad de varones solos, producto de la inmigración trasatlántica. Los menores de 20 años fueron casi la mitad de la población entre 1869 y 1914, y esta estructura demográfica se expresaba en la gran cantidad de niños abandonados o semi-abandonados que entraban al mercado laboral hacia los ocho años.¹

En términos sexuales puede decirse que la alta tasa de masculinidad y la debilidad de los vínculos familiares facilitaba una gran actividad erótica entre los varones. La desproporción de niños se manifestaba en la existencia de la prostitución infantil ocasional, así como la falta de varones proveedores en los hogares y la escasa participación de las mujeres en el mercado de trabajo se manifestaba en una alta incidencia de la prostitución femenina. En este contexto el estado, guiado por la ideología positivista y familiarista representaba a las clases populares como producto de una decadencia sexual asociada a la urbanidad y la modernidad en general.

La caracterización del lugar que las personas queer tuvieron en este período, debe entenderse en este contexto histórico. Cuando el criminólogo F. de Veyga describe lo que el denomina “invertidos sexuales”, lo hace sosteniendo que si bien existen algunos que lo son de nacimiento, en realidad los invertidos son el producto de un ambiente social perverso. La figura de la inversión sexual se caracteriza por ser uno más de los elementos de la “mala vida” y es por eso que la información acerca de los/as invertidos/as se encuentra en los libros que tratan esta temática. La zona donde los homosexuales se encontraban, el Paseo de Julio, era no sólo una de las zonas de prostitución más importantes, sino que además era el lugar donde vivían la mayor parte de los inmigrantes recién llegados, era una calle en la que se encontraban una gran cantidad de bares donde tenía lugar la socialización de los varones, y por último, era el lugar donde había una gran cantidad de marineros y otras personas que trabajaban en actividades vinculadas al puerto.

¹ Pablo Ben, “En la calle: situación social de los niños y prostitución infantil entre 1880 y 1916”, trabajo inédito.

1916-1946: cambios socioculturales y conformación de la homosexualidad

Estas clases populares heterogéneas van cambiando de carácter a lo largo de la primera mitad del siglo veinte. Los estudios de Gino Germani y de Susana Torrado sobre la *transición demográfica* en este período dan cuenta de una serie de cambios que tuvieron un impacto importante en términos de género y sexualidad. La familia nuclear va cobrando fuerza hasta llegar a consolidarse bajo el peronismo. Esta transformación se vincula a una serie de procesos complejos. Por un lado la aparición de la niñez, que esta ligada a la progresiva intervención de un Estado que prohíbe cada vez con más fuerza el trabajo infantil y que impulsa la masividad de la educación pública. Este cambio implica la reducción drástica de los menores en el trabajo callejero informal y por lo tanto, también una desaparición de la prostitución infantil. Las mujeres no sólo son incorporadas al mercado de trabajo, sino que desde 1930 y especialmente con el crecimiento de la industria textil, tienen la posibilidad de ganarse un salario que les garantiza un mínimo de independencia. Esto reduce la prostitución, junto con la prohibición legal de la misma, como veremos luego. Los varones, por otro lado comienzan a tener trabajos que les ofrecen mejores condiciones para situarlos como proveedores fundamentales de sus familias. En este marco, comienza a construirse una noción muy fuerte de masculinidad de la clase obrera que se apoya no sólo en imágenes nacionalistas, sino también en la parafernalia simbólica que el box, el fútbol y otros deportes habían venido desarrollando desde principios de siglo.² La faena masculinizadora de la conscripción era discernida sobre todo por las clases dominantes.

La creciente articulación entre el poder militar y el eclesiástico en la década de 1930 se concretó a través del aumento del número de diócesis de la Iglesia católica y el entusiasmo gubernamental por el éxito del Congreso Eucarístico Internacional (1934). Un momento capital fue la sanción de la ley de

² Un ejemplo de esto puede observarse en el diario *Crítica*, donde las noticias sobre box y otros deportes tenían un lugar central y sumamente extenso.

minoridad y familia, en 1936, que avanzaba en la soberanía del Estado sobre el orden familiar. A ello debe agregarse la sanción también en 1936 de la Ley de Profilaxis (12.331) que terminó con el ciclo de la prostitución legal, sanción que concitó los argumentos médico-eugenistas y los del conservatismo católico.

Sin embargo, el hecho de que la década del 1930 hubiera sido represiva, no significa que no se produjeran cambios en las sensibilidades. Las desviaciones de la familia matrimonial monogámica preocupaban a todas las esquinas del espectro ideológico, lo que era comprensible si recordamos al extensión del concubinato entre las clases subalternas. Los sectores científicistas e ilustrados no estaban exentos de oponer la presuntamente antitradicionalista “educación sexual” a la expansión de las “perversiones”.

La década de 1930 fue la del inicio de una represión más aguda de las prácticas de la sexualidad desviadas de las normas, y entre ellas de la homosexualidad. Un primer paso lo marcaron los edictos policiales dictados por el decreto 32.265 de 1932, aun bajo la dictadura uriburista, según el cuál debían ser detenidos los homosexuales que transitaran por la vía pública acompañados de menores de edad. Esta disposición fue modificada por otro decreto, el 10.868, en 1946, también bajo gobierno de facto, y ratificado por la ley 13.030 de 1947. La homosexualidad no era considerada delito por el Código Penal, y tampoco penalistas como Carlos Fontán Balestra (autor de un importante estudio sobre *Delitos sexuales*) lo consideraban como tal. No obstante, en los casos en que se juzgaba la relación con menores de edad, lo que se castigaba era la violación o corrupción y no el hecho de ser un sujeto homosexual.

Durante el primer peronismo se continuó el sentido represivo de la década de 1930, pero con las contradicciones propias del curso sinuoso que siguió el régimen, cuyo primer gobierno (1946-1952) fue más propicio a una renovación de las costumbres a pesar del sentido católico que el régimen adoptó en sus primeros tiempos. Así fue que la entente peronista-católica no tuvo como efecto una práctica represiva contra las desviaciones de la heterosexualidad más feroz que la habitual en los años 30. Paradójicamente, fue cuando se desató el enfrentamiento con la Iglesia católica que la homofobia latente del

peronismo se expresó con virulencia. En ambos momentos, el más tolerante y el más represivo, fue el raigal familiarismo peronista el que delimitó las actitudes adoptadas frente a la homosexualidad. Justamente porque el horizonte familiarista había sido apropiado por el peronismo fue posible utilizarlo en combate contra el catolicismo. Pero si esto ocurrió fue porque hacia los años 50 el discurso médico y psiquiátrico (en tanto razón estatal) coexistía con el discurso católico como nervio de la homofobia. Esta fue la herencia más profunda derivada de la campaña hegemónica integrista de los años treinta, y perduraría coagulada con el saber médico-psiquiátrico durante largas décadas.

Antes de ingresar de pleno en la década peronista es preciso recordar algunos trazos de dos sucesos que tuvieron repercusión en la prensa durante los primeros años cuarenta, pues nos ofrecerán un panorama de la situación en los años formativos del peronismo.

Fue amplísima la batahola generada por la participación de cadetes de liceo militar en fiestas organizadas por homosexuales. La prensa aludía a “fiestas en un ambiente de amoralidad, organizadas, dirigidas y preparadas por una especie de 'consorcio' de individuos que padecen la misma desviación”.³ Para neutralizar los efectos nocivos sobre las Fuerzas Armadas “cuya moral y cuya corrección deben quedar a cubierto de toda sospecha”, continuaba *Noticias Gráficas*, se debía aplicar mano dura contra el delito de corrupción de menores. Numerosas personas fueron acusadas y juzgadas. Entretanto, los cadetes eran objeto de burlas homofóbicas en la vía pública, ante lo cual el Ministerio de Guerra instó a los cadetes a no tolerar ninguna broma que lesionara el honor castrense. No obstante, es incorrecta la tesis de que el escándalo fue esencial para el golpe de Estado de 1943. En los documentos del golpista Grupo Obra de Unificación la crítica de la “corrupción” de los políticos y la defensa cristiana de la moral eran partes de sus proclamas, pero en realidad la acusación de “invertido sexual” sólo es utilizada en una ocasión *después* del 4 de junio en el seno de las

³ “En el escándalo que investigan, la justicia debe caer con mano rígida sobre los culpables, sean ellos quienes fueren”, *Noticias Gráficas*, 20 de setiembre de 1942.

luchas intestinas para desplazar a un funcionario del ministerio de Instrucción Pública y Justicia.

La represión de la homosexualidad se incrementó luego del 4 de junio, como parte de la censura y control que las nuevas autoridades comenzaron a ejercer sobre la radio, las publicaciones periódicas, el teatro, y desde luego la actividad sindical y política. La expulsión del cantante español Miguel de Molina fue parte de este proceso.⁴ Ante el éxito de público del *cantaor*, un diario como *Noticias Gráficas* (que publicaba notas de socialistas como J. Marpons y A. Ghioldi) se indignaba contra el hecho de que Molina atrajera “un buen número de mujeres” y promoviera “la voluptuosidad exhibicionista del ‘amor que no osa decir su nombre’, del ‘corydón’ dramático y corruptor”.⁵ En esta denuncia es interesante leer dos cuestiones, por un lado la defensa de la “normalidad sexual”, una conexión que puede verse desde principios de siglo y que continúa aún hoy. Por otro lado, se puede observar que ya en 1940 de Molina tenía una gran visibilidad, y que la mención al *Corydon* de André Gide, un libro militante que reivindicaba la homosexualidad, era de público conocimiento. La expulsión de de Molina fue una decisión política que deseaba acallar los rumores periodísticos y poner a tono las actividades teatrales con la vida reprimida que impuso el gobierno militar.

La homosexualidad bajo el primer peronismo

Con el surgimiento del peronismo, la normalización de la familia y la masculinización de la clase obrera adquirió un impulso vigoroso. Como dice uno de los obreros entrevistados por Daniel James en su libro *Resistencia e Integración*, “con el peronismo éramos todos machos”. En contraposición, los “amorales”, tal como se los denominó en este período, devinieron un grupo aparte. Ya no eran sólo un aspecto de la “mala vida”. Como sucede según F.

⁴ Para la versión del cantante, ver M. De Molina, *Botín de guerra. Autobiografía*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

⁵ “¿Es que los argentinos no sabemos repudiar aquello que ofende al sentimiento público?”, *Noticias Gráficas*, 31-7-43.

Barth con los límites étnicos, la consolidación de la clase obrera como un grupo social identificado con lo viril y lo normal, crea a un grupo aparte, desligado de los estratos bajos, que son los amorales.⁶ Es preciso notar que a diferencia de las representaciones de principios de siglo, donde los “invertidos sexuales” son pobres, los “amorales” del peronismo son representados como un sector que tiene dinero en abundancia y que lo utiliza para corromper a la juventud obrera.

A pesar de la representación de la clase obrera como masculina y normal, algunos de los relatos que los “amorales” del período dejaron dan una pauta de cierta integración con el resto de los varones. En la novela de Oscar Hermes Villordo *La brasa en la mano*, Beto, uno de los personajes más promiscuos, establece relaciones con todo tipo de varones, desde el albañil que trabaja en el edificio de enfrente, hasta camioneros, repartidores de todo tipo, gasistas y electricistas, etc.⁷ A diferencia del *lunfardo* de principios de siglo descrito por de Veyga, estos varones no son parte del mundo de “la mala vida” y tienen la posibilidad de ocultar sus relaciones con otros varones para representarse como señores respetables de familia.

Durante el peronismo varias fuentes refieren a dos fenómenos: por un lado una cierta sorpresa de la opinión pública que se expresa en los diarios frente a la magnitud de la visibilidad de los “amorales”, y por otro, la sospecha de que estos últimos constituyen una especie de grupo secreto donde la reunión entre iguales permite tramar engaños a jóvenes inocentes ante estos peligros. A pesar de estas imágenes sabemos que la visibilidad de los varones que practicaban su sexualidad con otros varones no es un fenómeno nuevo; la percepción de esta magnitud tiene que ver, más que con la extensión real del fenómeno, con el hecho de que los “amorales” se han conformado como grupo aparte cuya integración con la clase obrera es casi inexistente (salvo en los furtivos encuentros que muchos varones practican pero que nadie reconoce). Esta consolidación de la otredad de los varones queer además, también explica

⁶ Es cierto que la definición de la clase obrera se hizo preferentemente en contraste con la oligarquía, la patronal, el imperialismo y el antiperonismo. Pero como veremos, todos estos sectores estaban caracterizados sexualmente como invertidos o de definición dudosa.

⁷ O. H. Villordo, *La brasa en la mano*, Buenos Aires, Brujuna, 1983.

que se los perciba como conspiradores y que se los ubique en el lugar de chivos expiatorios.

En los inicios de la era peronista la homofobia se hizo ley electoral (nº 5109, art. 3, inciso 3, letra l) de la provincia de Buenos Aires que inhabilitaba a los homosexuales al ejercicio del voto. No obstante, es significativo que un médico eugenista como Benjamín B. Spota, mantuviera reservas ante el hecho. Spota aceptaba que los homosexuales eran “enfermos”, pero sostenía que ello no autorizaba a que se vulneraran los derechos políticos.⁸

Retomando la cuestión de los jóvenes que tienen relaciones con los “amorales” es interesante notar dos cuestiones: por un lado la diferencia que hay respecto del modelo de la prostitución infantil de principios de siglo. Ahora son los jóvenes, que todavía son menores legales, los que penetran a los “amorales”, y muchas veces a cambio de dinero que pagan estos últimos. A principios de siglo eran los varones adultos penetradores quienes pagaban a los niños. Esto tiene que se debe a que la nuclearización de la familia, la normativización de la sexualidad de los varones y mujeres adultos/as en el marco del dormitorio matrimonial (lo que no niega otras prácticas sexuales, pero éstas son sancionadas socialmente), y la “normalización” de los estratos más bajos de la población, fenómenos que tuvieron lugar entre 1920 y los años 50. Y si bien hay sexualidad por fuera del dormitorio matrimonial, no se trata del mismo fenómeno masivo y callejero que recorre toda la urbe a principios de siglo. Por otro lado, hay otra diferencia significativa, ya no se trata de una relación entre varones adultos cuya identidad masculina no está en cuestión por practicar la penetración y niños que son penetrados pero que aún así pueden devenir adultos varones viriles. Ahora los penetrados pertenecen a un grupo aparte, son adultos jóvenes o maduros, y son “otros” por fuera de la comunidad de quienes practican la sexualidad legítima. Son los jóvenes que penetran quienes tienen un lugar liminal en el sistema que permitirá que sus relaciones con los “amorales”

⁸ B. B. Spota, “La eugenesia positiva en la heterodoxia y ambiental”, *La Semana Médica*, año 54, nº 2797, 21-8-47.

se perciban como una mera travesura que no impedirá que devengan “señores de familia”.

Sobre esto hay que considerar el surgimiento de la juventud como una etapa singular de la vida, que antes no existía sino entre las clases altas. Villordo, por ejemplo, relata la existencia de grupos de jóvenes que estaban en los bares de la ciudad sin usar el tiempo productivamente, simplemente charlando y haciendo pasar las horas. Las novelas de Bernardo Verbitsky refieren el mismo fenómeno. Estas reuniones sólo eran interrumpidas cuando sus madres y hermanas los llamaban para comer, mientras sus padres estaban ausentes trabajando. El tiempo libre también estaba disponible para los jóvenes que trabajaban. Eran habituales las razzias que expulsaban a los jóvenes de los comercios de bebidas que bordeaban o incluían directamente la actividad prostibularia. Por ejemplo, en una redada de 1948 en el café y *variété* Los Andes, del barrio porteño de Chacarita, tres menores de 16 años y uno de 17 fueron detenidos por la policía. Uno trabajaba como yesero aprendiz, con su padre, otro como cadete, el tercero en una óptica, y el cuarto en el ferrocarril.⁹ La extensión del colegio secundario reducirá esta vida más libre.

Otro aspecto importante en el vínculo entre “amorales” y jóvenes que es distinto de la relación entre niños prostituidos y adultos, es que en el primer caso, en el primer caso los “amorales” son quienes tienen que adoptar una pose típicamente masculina y convencer a los jóvenes para tener relaciones sexuales, en cambio, los niños parecían estar disponibles para tener relaciones sexuales. Cuando se relacionan con “amorales” la masculinidad de los jóvenes se construye a partir de adoptar una actitud equivalente a la de las mujeres que esperan ser seducidas y que pretenden no estar interesadas en la relación sexual que luego tendrá lugar.

En este contexto, la juventud se convierte en un valor sexual, y los “amorales” sienten esto fuertemente. En el relato de Carlos Correas, por ejemplo, la juventud de un varón que se acuesta con otros varones aparece

⁹ Archivo de la Policía Federal Argentina, Libro de notas, comisaría seccional nº 29 (Loyola 1441), libro 5, 1948, folio 335, 25-3-48/16-4-48. Los menores fueron conducidos a la comisaría por infracción de “moralidad”. Otros casos similares eran consignados como “vagancia”.

como una gran aventura que corre el riesgo de transformarse en algo sumamente decadente cuando los años pasan.¹⁰ En la novela de Villordo, uno de los insultos más dolientes es el de “viejo puto”, y el personaje principal percibe a Baba, un “amoral” maduro, de manera sumamente negativa.

Si bien bajo el peronismo se usaba el término “homosexual”, en general prevalecía el uso de otras etiquetas, especialmente la de “amoral” e “invertido”. “Amoral” –una de las palabras más usadas por la prensa y la policía– es aquel cuya moral atenta contra el orden natural de la familia. Aquí, por ejemplo, puede leerse la influencia que la iglesia tuvo ya desde los años treinta.

La interrelación entre discurso religioso y discurso científico puede observarse por ejemplo en algunas de las discusiones del semanario *Esto Es*. En 1955 la redacción de esta publicación alude a correspondencias de “homosexuales” que preguntan como “curarse”, y el director les recomienda dos posibilidades: por un lado recurrir al Jefe de Psicoterapia del Instituto de Estudios Psicosomáticos del Ministerio de Salud Pública, y por otro, recurrir al sacerdote José Laburu, psiquiatra y jesuita, asesor de la Acción Católica.¹¹ Esta revista, que se mantenía en un sobrio apoyo al gobierno, no veía incompatibilidad alguna entre la medicina estatal y el catolicismo; en cualquier caso aparecían como dos versiones posibles de la “cura”.

La confluencia discursiva se debía a que la “salud pública” estatal y los médicos católicos (organizados en la Consorcio de Médicos Católicos) hicieron de la salud sexual un tópico recurrente de sus preocupaciones. Para el Estado la cuestión se inscribía en un programa muy amplio, y se focalizaba en el control de las enfermedades venéreas. Para el Consorcio la educación sexual y la sexualidad en general constituyeron el nudo temático de su militancia profesional y confesional. Los razonamientos eran para ambos campos un tanto diferentes. Para el Estado y la profesión médica secular la “inversión sexual” era un problema psiquiátrico. En cambio para el catolicismo era una de las formas más

¹⁰ Carlos Correas, “La Narración de la Historia”, [1959] en: *El Ojo Mocho: Revista de Crítica Política y Cultural*, Buenos Aires, Verano 2001/2, No 16. De hecho Correas en la década siguiente decide “abandonar” la homosexualidad y comienza a tener relaciones con mujeres.

¹¹ *Esto Es*, nº 61, 25-1-1955.

corruptas de la incontinencia, de la imposibilidad de reprimir el deseo que sólo se debía encuadrar en el matrimonio heterosexual y con el objetivo de la reproducción. Para los temas ligados a la sexualidad el discurso peronista, el cristiano y el científicista podían anudarse sin grandes inconvenientes.

El otro término utilizado durante el peronismo, “inversión sexual”, marca una diferencia importante con el concepto moderno de homosexualidad sostenido en Estados Unidos y Europa Occidental desde la década de 1940. De acuerdo con la psiquiatría producida en esta región del mundo en la segunda mitad del siglo veinte, todo varón o mujer que sostiene relaciones con personas de su mismo sexo es homosexual. En cambio, la “inversión sexual” apunta a un paradigma donde el rol de género pesa más que la orientación sexual, por eso los documentos peronistas enfatizan el “afeminamiento”, algo que desde la psiquiatría moderna europea y norteamericana no es un síntoma que cuente para caracterizar a alguien como “homosexual”. En el paradigma sexual predominante entre las clases subalternas bajo el peronismo, “invertidos” o “amorales” no son los varones que penetran, sino sólo aquellos que pierden su masculinidad por renunciar a la virginidad de su ano. Los otros son varones cuya asociación con los “amorales” puede perjudicarlos en algún modo –que en general no se explicita– pero que conservan su masculinidad y que en la realidad concreta terminaban en pareja con mujeres.

Podría pensarse que las categorías de “amoral” e “invertido” que se construyen desde la elite, no necesariamente responden a clasificaciones aceptadas desde la clase obrera. Sin embargo los relatos de varones que tuvieron relaciones sexuales con otros varones en aquel período expresan una realidad similar. Algunas novelas, cuentos y autobiografías, como la de Villordo, Paco Jamandreu, M. de Molina y C. Correas,¹² apuntan a una caracterización similar. Todos ellos describen un mundo en el cual los “maricones” tienen relaciones con jóvenes, que parecen oscilar entre los 16 y mediados de los 20 años.

¹² Villordo, op. cit, Correas, op. cit., de Molina, op. cit., Paco Jamandreu, *La cabeza contra el suelo*. Memorias, Buenos Aires, Corregidor, 1981.

El lugar de los amorales en el seno de la clase obrera tiene muchos matices. Por un lado hay jóvenes que llegan a sostener relaciones afectivas más o menos duraderas con los “amorales”, por otro lado era muy común que los jóvenes cobraran por penetrar o que llevaran a los homosexuales a lugares solitarios y oscuros con la excusa de penetrarlos cuando el objetivo real era despojarlos de sus bienes. La cultura popular parece aceptar una relación utilitaria y violenta de los homosexuales, pero también podía situarlos en el lugar del *clown*. Los homosexuales no sólo se convierten en una parte del espectáculo y la estética, como en el caso de Miguel de Molina o Paco Jamandreu, sino también en el blanco perfecto de la comicidad. Ya desde los años veinte el diario *Crítica* mostraba caricaturas de “invertidos” puestos en situaciones ridículas y pronunciando propuestas que se proponen provocar la risa. Este lugar se profundizó bajo el peronismo, y no sólo desde el espectáculo en sí mismo, sino incluso en la vida cotidiana. Por ejemplo, en su novela *La brasa en la mano*, Villordo refiere a un personaje llamado “Beto” que sube a un colectivo y con ademanes afeminados se queja frente a un varón sentado diciéndole que los hombres ya no respetan más a las mujeres, porque ya no les ceden más sus asientos. La reacción del colectivo no es violenta, sino que provoca la risa general, hasta que el hombre finalmente termina parándose y cediéndole el asiento. A pesar de que la cultura popular parece caracterizar a los “invertidos” como seres débiles que son objeto de uso, violencia y risa, las descripciones del modo en que estos abordan a los jóvenes muestra una faceta diferente. En todos los casos, son los homosexuales quienes deben convencer a los jóvenes para que estos accedan a tener relaciones, del mismo modo que ocurre entre varones y mujeres. Este rol es tan acentuado que los jóvenes nunca abordan a los “invertidos” ni les sugieren nada, sólo aceptan sus propuestas, y a regañadientes.

Desde luego, para el Estado e instituciones peronizadas como la CGT, la “inversión” de la oposición, escondía también un potencial de agresividad menos simpático. Esto se hizo observable en la prensa peronista de 1954-1955.

Las patotas, los “amorales” y la construcción peronista de la juventud

La preocupación por las *patotas* en la Argentina peronista debe ser remitida a una inquietud por la presencia en la vía pública de la juventud, y en especial la de los sectores populares, que adquirió una mayor visibilidad pública a medida que mejoraban los ingresos económicos de sus padres o madres. Los jóvenes mayores de 11-13 años solían reunirse en las esquinas, en los cafés, en los clubes. Con las jóvenes la autoridad paterna o materna todavía conservaba suficiente autoridad como para retenerlas dentro del ámbito hogareño si es que no obtenían un empleo. La extensión de los colegios secundarios satisfacía la demanda en especial de los sectores más desahogadas de las clases subalternas. Las patotas eran grupos de jóvenes que se reunían para pasar junto un tiempo de ocio. Atacaban sexualmente a mujeres pero también apremiaban a otros jóvenes y niños. En bandas de tres o cuatro jóvenes, atracaban y a veces asesinaban a homosexuales para efectuar robos menores.

Un episodio policial y sus repercusiones periodísticas iluminan el clima homofóbico del primer peronismo y algunos rasgos de los jóvenes “amorales”. La víctima fue Leopoldo León A. Bussin de Chasal, un belga de 52 que vivía en un pequeño departamento de Buenos Aires. Las noticias mencionaban que organizaba reuniones donde participaban “amorales” y mujeres.¹³ De acuerdo a la reconstrucción policial Bussin había sido atacado por un grupo de cuatro jóvenes. Uno de ellos era un soltero de 20 años, semianalfabeto y sin ocupación. Los otros tenían entre 17 y 18 años. El mayor había sido mucamo de Bussin, pero había dejado de trabajar en su casa. La ocupación de mucamo era conocida como proclive a ser desempeñada por los “amorales”.¹⁴

Un semanario publicado por radicales pro-peronistas despliega motivos homofóbicos que no fueron inusuales. En suma, para *Parlamento* se trataba de cuatro delincuentes y un gran culpable. Le preocupaba el muerto porque los

¹³ “En un Departamento de Barrio Norte cometiéndose un alevoso asesinato”, *La Prensa*, 15-9-47; “Golpeado y con ligaduras fue hallado un hombre”, *Clarín*, 15-9-47.

¹⁴ “Varios amorales robaban en casas de departamentos”, *El Líder*, 18-3-48.

jóvenes no serían sino “criminales novatos” a los que el homosexual “educó en la amoralidad y en el vicio”.¹⁵ Ese tipo de crímenes, decía el semanario, se estaban tornando habituales, aunque no daban pruebas de ello. El quid de la cuestión consistía, siempre según la misma fuente, en que había otro crimen de corrupción, silencioso pero eficaz: “El crimen cotidiano, sordo, sin muertos, escondido y silenciado, el crimen moral y físico que los homosexuales comenten todos los días, el crimen *visible* en las calles, confiterías, cines y paseos, ese crimen, innumerable y diario, ese es el que principalmente importa, el que más interesa o el que *debiera* interesar”.¹⁶ Por eso lamentaba que no hubiera ningún “sesudo editorial” producido por los grandes diarios para revelar el peligro *visible*, “para alertar contra las actividades de los homosexuales” (también los llamaban “uranistas”) que amenazaban con ocupar el sector principal de Buenos Aires con “pederastas” del país e internacionales. La falta de un interés sustantivo en la prensa sobre el peligro homosexual que pregonaba *Parlamento* era cierta, pues habrá que esperar a fines de 1954 para hallar una alusión de ese tipo. La interpretación de *Parlamento* no podría ser considerada, sin embargo, como una mera expresión de un semanario difusor de un autoritarismo aislado, externo al clima de la ideología sexual, pues también el periódico *Clarín* hallaba que Bussin era el mayor culpable. En efecto, aunque aclaraba que no trataba de buscar atenuantes, el diario señalaba que el ex mucamo había intentado dos veces escapar “a la red que lo aprisiona y que le ha tejido don Leopoldo”.¹⁷ El asesinato, desde ese punto de vista, habría sido una liberación.

El peronista fiscal Pedro Casazza, quien había intervenido en un juicio contra una patota por la violación de una mujer en Flores y había aludido a la relación entre patotas, prostitución y relaciones entre personas del mismo sexo, reclamaba al Estado que extendiera la “protección” más allá de la niñez, dado

¹⁵ “Degenerado: cuatro criminales, un culpable”, *Parlamento*, año 1, nº 3, 21/27-9-47.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ “Incubaron a los asesinos los hábitos de la víctima”, *Clarín*, 18-9-47.

que el peronismo no había desarrollado aun una política coherente de cooptación de la juventud.¹⁸

La adolescencia como una etapa intermedia pero singular no había sido socialmente construida. Cuando advino entre las clases subalternas hacia 1950 fue una *terra incognita* que el peronismo se demoró en encuadrar en la “comunidad organizada”. Hasta ese momento el discurso estatal más habitual respecto a la adolescencia y juventud parecía suficientemente resuelto con la tarea normalizadora que se asignaba al servicio militar obligatorio. Incluso el diario *La Nación* se preocupaba por la endeblez del sistema educativo secundario que debía formar a la adolescencia.¹⁹ Justamente por eso los problemas que surgían con los excesos sexuales, alcohólicos y de otro tipo en el ámbito de las Fuerzas Armadas y sus conscriptos despertaron inquietudes muy hondas. El examen de las comunicaciones reservadas entre la Policía Federal y el Ministerio del Interior indica que las contravenciones cometidas por militares de carrera y conscriptos eran habituales. Los archivos contienen este tipo de informaciones con profusión a partir de 1953. Esto nos plantea problemas interpretativos: ¿se trata de un aumento de las incidencias o del registro de las mismas?

El Jefe de la Policía Federal, el comisario Miguel Gamboa, informaba por ejemplo que en abril de 1954 un marinero de 20 años había sido detenido en las esquina de Alem y San Martín a pedido de una mujer alojada en el Hotel de Inmigrantes quien expuso que aquel “la había seguido deliberadamente en su tránsito, molestándola con requiebros”.²⁰ Este tipo de hechos, que incluían manoseos en la vía pública o viajando en ómnibus, estaban acompañados de discusiones con prostitutas o bailarinas, o con otras mujeres quizás no prostitutas en los bailes. Las faltas cometidas por ebriedad y escándalo no estaban generalmente ajenas a las búsquedas sexuales. Juventud, fuerzas armadas y sexualidad constituían un problema real.

¹⁸ P. Casazza, *El patotero y la ley de profilaxis social. Proceso del 'Bañado de Flores'*, Buenos Aires, 1951, p. 7.

¹⁹ “Necesidades de la enseñanza pública”, editorial, *La Nación*, 23-6-53.

²⁰ Archivo General de la Nación-Archivo Intermedio-Ministerio del Interior, legajo reservado 226, nota del 22-4-54.

La inquietud ante la juventud se evidenció a medida que además de la sabida oposición del estudiantado universitario, diversos episodios de 1950 y 1952 mostraron que el estudiantado secundario católico podía ser movilizad con eficacia. La Unión de Estudiantes Secundarios, la corporación peronista destinada a ajustar organizativamente a la juventud estudiante, fue tardía. Su fundación data de junio de 1953. Una iniciativa correlativa fue la creación de los Clubes Areté que tenían previsto continuar la incorporación de la juventud al sistema del deporte y de la sociedad política peronista.

En el discurso del estado peronista, sus profesionales y comunicadores, sin embargo, pueden leerse otras percepciones de las relaciones sexuales entre varones. Se denuncia que existe una gran cantidad de jóvenes penetrando a “invertidos”. Por un lado se recomienda la reapertura de los prostíbulos para que se termine con la homosexualidad, lo que sugiere una concepción “hidráulica” de la sexualidad donde el objeto de deseo pareciera ser intercambiable. Esto responde a la concepción de la “inversión sexual” según la cual el varón que penetra posee una masculinidad incuestionable que puede elegir a un sexo u otro sin distinción. Sin embargo, hay un cierto peligro en la elección de los “amorales” como objeto. Ese peligro tantas veces enunciado pero que se explica poco, pareciera estar ligado, al miedo frente a un posible aumento y visibilidad de los “amorales” estimulado por el fácil acceso a la actividad sexual que resultaría de la prohibición de la prostitución femenina. Sin embargo, pareciera que la resistencia de estos discursos a identificar en concreto cuáles serían las consecuencias negativas de las relaciones entre varones, que fuera producto de una dificultad de enunciar la posible ‘contaminación’ de los jóvenes que perderían su masculinidad. Es interesante observar que en algunas fuentes la masculinidad de los jóvenes esta en contradicción con el modo en que se los representa como víctimas de las astucias de los “amorales”. En este sentido se podría hipotetizar que el lugar que los jóvenes ocupan en el discurso del estado y los profesionales, es equivalente al de la mujer honesta que corre el riesgo de ser engañada por los varones que sólo desean satisfacer sus deseos de penetración para luego descartarla.

El conflicto con el catolicismo y la cuestión sexual

En los primeros años del gobierno peronista, existió un apoyo recíproco entre el nuevo régimen y la jerarquía católica. Sin embargo, es sabido que hubo un lento pasaje de una alianza inicial a un enfrentamiento larvado sobre todo a partir de 1949, y que la tensión se agudizó hasta estallar en noviembre de 1954. En lo que respecta a las prácticas sociales concernientes a la diferencia sexual (en suma, al parentesco, al género, al sexo y al deseo), los desencuentros fueron tempranos. En setiembre de 1946 se entabló una sorda disputa alrededor de la implementación de la Libreta Sanitaria en las escuelas, y poco después el secretario de Salud Pública Ramón Carrillo, el mismo un católico practicante, sería cuestionado por propiciar la reapertura de los prostíbulos. Estas desavenencias obedecían a luchas hegemónicas sobre quién detentaba la soberanía sobre la sexualidad, pero no debe suponerse que las razones esgrimidas para sostener o rechazar una reforma fueran muy distintas.

La entente institucional entre peronismo y catolicismo finalmente se fracturó a fines de 1954. El conflicto se desencadenó por la resistencia católica a ciertas reformas del orden parental, como la modificación de la discriminación entre las filiaciones legítima e ilegítimas, el divorcio vincular, y la mentada cuestión de la ley de profilaxis. La resistencia católica provocó un ataque de Perón en el discurso de la reunión de gobernadores de noviembre de 1954. En clima candente de fin de año Perón dio a conocer el decreto de reapertura de las casas de tolerancia.

Todas las reformas fueron justificadas por razones de “justicia social”, pero estaban teñidas de un conservatismo familiarista y moralista que en rigor no se distinguía radicalmente del orden de ideas católico. Nos es difícil hallarlas en la prensa peronista y mostrar su coincidencia con las de *El Pueblo* o *Criterio*. La persecución de “amorales” fue utilizada como prueba del moralismo del Estado.

Los trazos gruesos de las razzias contra homosexuales ya han sido descriptos. La documentación sugiere que fueron la coronación policial de una campaña diseñada por el ministerio del Interior para facilitar la modificación de la ley de profilaxis. Veremos que en rigor fue mucho más que eso. El semanario sensacionalista *Ahora*, que había sido atacado por la prensa católica, se sumó a la campaña. Su denuedo consistió en unir la perfidia organizada de los “amorales” con vínculos eclesiásticos con el ataque sobre niños. La ocasión fue la detención de varios hombres en Rosario, acusados de prostituir a niños menores de 15 años. *Ahora* se mostraba indignado porque se trataba de personas de “apariencias respetables” y que presumían de ser “rectores de la moralidad de la población”. Se trataba de un comerciante, un profesor de educación física en el Club de niños “25 de Febrero”, y el presidente de la ‘Asociación Amigos del Cardenal’ de Rosario.²¹

Los diarios peronistas de esos días insistían en el mismo argumento, amparados en las acciones policiales que delatarían una epidemia de “amorales”.²² D. Guy ha señalado la realización durante esos días de un congreso de higienista que recomendaban la modificación de la ley 12.331.²³ La autora interpreta que no había datos que confirmaran un aumento de incidentes relacionados con el comportamiento público de los homosexuales, por lo que la pronta decisión de Perón de reabrir los prostíbulos tendría su explicación en el seno del enfrentamiento con el catolicismo.

Nuestra interpretación es sustancialmente diferente. Por una parte, la persecución no puede ser vista como una excusa para debilitar al catolicismo, porque como hemos visto las razzias obedecían a una operación mayor de sujeción de la juventud. En segundo lugar, porque el proceder homofóbico de la policía y la prensa en modo alguno era nuevo (aunque sí se había tornado más

²¹ “El pueblo rosarino condena con energía a los amorales”, *Ahora*, nº 230, 5-11-54.

²² “Todo volcán debe tener su cráter. Un procedimiento policial confirma situaciones inaceptables”, *El Líder*, 28-12-54.

²³ D. Guy, *El sexo peligroso*, ob. cit., p. 213.

intensa en los últimos meses).²⁴ Finalmente, porque las razzias continuaron *después* del decreto de reapertura.

¿Había una preocupación real por el incremento de delitos sexuales y contra la honestidad? ¿Habían aumentado en los últimos tiempos? El 30 de diciembre la comisaría de la seccional 29 compiló un listado respondiendo a la orden de “Comunicar procedimientos por delitos contra la honestidad”. En el informe se detallaban las incidencias a partir de marzo de 1949. Se indicaban 18 hechos, en la que predominaban 9 violaciones y tentativas de violación a mujeres niñas adolescentes (entre 11 y 15 años), 4 abusos deshonestos a niñas y 2 a niños y niñas. Finalmente consignaban tres casos de violación, corrupción o abuso deshonesto de varones adultos con menores. Estos últimos hechos comprendían uno en el que un adulto de 38 años hacía ejercer la prostitución “mediante amenazas” a dos jóvenes de 15 y 17 años; otro en el que un adulto de 25 “mediante engaños, en el interior de su domicilio, tenía acceso carnal”, con dos menores de 14 años y uno de 11.²⁵ Estas informaciones que cubren los registros policiales durante más de cinco años en un barrio popular producen una primera impresión quizás errónea. En efecto, en las semanas posteriores a las batidas policiales antihomosexuales y antipatotas los registros sobre incidentes ligados a la “amoralidad” se reiteran. Así, el día 3 de enero un estudiante de 14 años acusa a dos jóvenes (“El Tano” y “El Negro”) de haberlo obligado a la sodomía y la felación en la Plaza Los Andes; el día 9 un joven mecánico de 14 años acusa de haber contraído blenorragia al haberse prostituido con un adulto varón de 29 años.²⁶ Es probable que si la policía hubiera mantenido constante su interés por registrar los delitos y contravenciones sobre los que se interesó en el cambio de año 1954-1955, la sociedad porteña nos mostrara una vida sexual más complicada que la

²⁴ Un rápido examen de los breves prontuarios revelados por la prensa respecto a los “amorales” detenidos indica que habían sido repetidamente apresados por contravenciones, entre las que no es arbitrario suponer que la mayoría de debía a una causa similar. En “Hubo otra batida de sujetos amorales; muchas detenciones”, *El Laborista*, 11-1-55, se mencionaba a 6 detenidos en una finca del barrio de Liniers.

²⁵ Archivo de la Policía Federal Argentina, cuaderno de notas, 1954, folios 243-245, 30-12-54.

²⁶ Archivo de la Policía Federal Argentina, cuaderno de notas, 1954, folio 460, 9-1-55 (sic); idem, 1955, folio 51, 3-1-55.

representada en las noñas imágenes familiaristas multiplicadas por la propaganda peronista.

Conclusiones

La década peronista indica un cambio importante en el lugar social de la homosexualidad. Ésta estaba prácticamente desgajada de la *mala vida* que concernía a las clases subalternas. La masculinización de la clase obrera que se peronizaba delimitó a los “amorales” como un grupo singular. Esto no significa que no existieran relaciones entre “amorales” y varones supuestamente viriles. Por otra parte, el plano de la vida sexual no podía ser reducida a las representaciones militaristas, familiaristas y católicas que habían sido consolidadas durante la década de 1930. Por el contrario, esas representaciones estaban en crisis. El peronismo intentó resolver el conflicto al brindar una cobertura estatal y paraestatal (como la Fundación Evita o las obras sociales de la CGT) que fortaleciera el familiarismo. Adicionalmente, comenzó a acometer una normativización de la juventud, que se reveló como un sector de difícil contención.

Las patotas y los “amorales” coexistían en una red semántica y real. Unas por sus ataques a mujeres y el orden público, los otros por seducir a jóvenes a cambio de dinero o simplemente por sexo. El conflicto con el catolicismo alrededor de los temas del parentesco y la sexualidad propiciaron hacia 1954-1955 una persecución que revela, es cierto, la relevancia de la cuestión de la prostitución, pero se inscribía en una problemática sexual y política mucho más honda y de importancia para entender la experiencia cotidiana en el primer peronismo.

La singularización de los homosexuales era percibida por la mirada homofóbica y también la toma de la palabra por aquellos y el reclamo del derecho a la “felicidad”. Detrás de las instituciones estatales y los discursos del régimen y la oposición, todo un mundo erótico fluía, complejo, en esta década de coagulación de sentidos que era muy diferente del prevaleciente a principios del siglo XX.